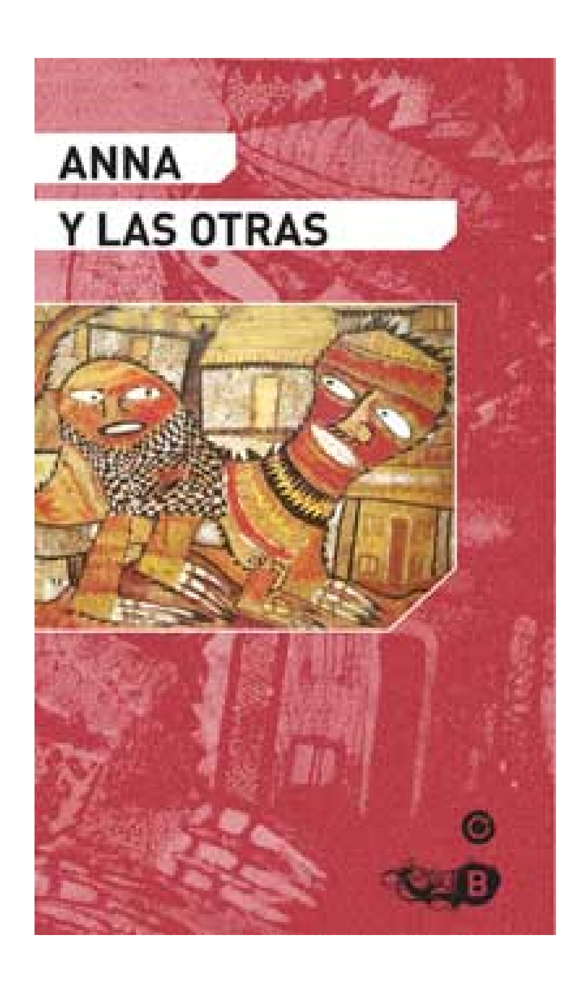
...para las mujeres y las chicas
para los chicos y chico-chicas
quienes aún estando en el infierno
ansían y anhelan la libertad y la venganza...



Prologo

"Los derechos son una ilusión. No hacen acto de presencia.
No existen. Sólo tenemos lo que podemos defender
y si no podemos defenderlo es que no lo tenemos."
Helen Zahavi

Quien nunca haya sentido esa necesidad urgente, casi fisiológica, de venganza, es porque probablemente nunca le haya pasado nada muy, muy fuerte. El honor es una cosa de hombre-hombre, las y los que no lo somos, tenemos simplemente nuestra dignidad. No será la obligación/deber impulsada por algún código cultural/religioso/patriarcal que nos haga responder violentamente a la ofensa, sino la sed de venganza, una venganza pura y natural que nace directamente en las venas, sin pasar por los moldes de éticas o ideas.

En ese folleto se trata el tema de la prostitución forzada, de ese enorme negocio que se extiende por todo el planeta. No pretendemos aportar nada al (casi inexistente y en mayor parte alejado de la realidad) «debate» sobre el tema, que de vez en cuando aparece en los rincones poco populares del ámbito anarquista/antiautoritario del estado español. Cuando gran parte de las mujeres que se prostituyen en los países del sur de Europa (es la región que conocemos) están, de una u otra manera, obligadas a hacerlo, encerradas en pisos-cárceles en las grandes ciudades, no nos parece para nada «victimista» hablar sobre ello. Cuando oímos que alguna persona «pre/ocupada» por el tema (a quien no le toca personalmente) intenta siempre recordarnos que «sí que hay otras realidades, tenemos que diferenciar, hay muchas que sí lo eligen», quizás tenga sus razones posmodernas para hacerlo... Pero menudo, detrás de la repetición de la frase «hay de todo» se esconde un pasotismo mezquino. Es como hablar de que «ya no hay clases». ¿Se dieron cuenta de esto los jefes? Pues, cuando muera el último proxeneta y el último policía, hablaremos de nuevo sobre la supuesta «libre elección». No vamos de «diferenciar», ni «reflexionar», ni «buscar argumentos más validos», dejaremos todo ese juego de discursos para lxs intelectuales. Simplemente por haber nacido en otras partes, nos encontramos en situación de conocer personalmente a algunas chicas obligadas a prostituirse aquí en Occidente, también aquí en Catalunya, y por eso no las podemos ver como cifras de alguna estadística, ni como el sujeto de una discusión abstracta, sino tal y como son de verdad, aquí y ahora: nuestras hermanas, amigas, conocidas, con nombres propios (aunque puede que impronunciables para los autóctonos), con historias propias (ni concebibles, ni interesantes para los autóctonos). Encarceladas. Y las queremos libres. Punto.

Los textos presentados en ese folleto tratan de Grecia, Albania e Italia, pero a pesar de las muchas diferencias en lo que se refiere a las realidades, hay bastantes paralelismos con lo que sucede aquí. Leyendo la historia de Anna

vienen a la mente también trozos de noticias actuales de la prensa burguesa española: recientemente se lloriqueó sobre otro Rambo español vuelto en ataúd desde Afganistán, donde no hay tanta buena onda como tienen «las fuerzas de paz» en, por ejemplo, Bosnia, donde un soldado occidental se puede despertar tranquilamente en un burdel para ir a posar en alguna ceremonia de inauguración de alguna escuela abierta por las limosnas del gobierno europeo, o hacerse fotos repartiendo chocolatinas entre niños sonrientes y medio sucios; también hace poco una delegación de empresarios catalanes en Argelia, donde «hay brillantes perspectivas de expansión de mercado en muchas direcciones», es decir, de explotación pura y dura; o el inicio de la nueva guerra colonial europea, la cruzada capitalista contra los piratas de Somalia y muchos otros ejemplos... Pero el colonialismo no es sólo un fenómeno externo, no se tiene que ir lejos para aprovechar el saqueo capitalista occidental: al igual que hay mano de obra barata trabajando en los campos y en las ciudades del Estado Español, en los callejones escondidos, en los pisos-cárceles del Eixample, en los moteles de carretera y en «los clubes nocturnos» hay todo lo que puede desear «todo un caballero» autóctono para celebrar la fiesta de soltero, la victoria del Barça o simplemente para «ahogar sus penas en alcohol y putas»: hay «chinitas», «rumanas», «latinas», pues es un país con pretensiones multiculturales... También los turistas lo aprecian y no son pocos los hombres inmigrantes que se gastan su primer sueldo (¿y que importa como fue ganado?) «en putas», celebrando así su entrada en el mercado no sólo laboral, sino también de consumo. Y cuando en esas jaulas de pocos metros cúbicos se viola y se aplasta sistemáticamente a mujeres inmigrantes, en los pasillos y en las esquinas se extiende la mano los proxenetas, policías, marineros, turistas, clientes legales e ilegales de todas partes, de todas las hablas, de todas las religiones, de todas las clases y aficiones. Puede que a veces sus intereses choquen, pero rápidamente se van a entender de nuevo: al fin y al cabo su hermandad masculina está basada en la eterna posición del (eventual) cliente/proxeneta.

El texto «Safari» y el relato «Estando en casa» provienen de una pequeña publicación editada por el grupo anarquista de Atenas «Ego te provoco» en julio de 2008. El texto/entrevista «Anna y las otras» fue publicado el 3 de febrero de 2007 en el suplemento «Alias» del diario comunista italiano «Il Manifesto» y luego circuló como folleto editado por el anarquista/antiautoritario Centro di Documentazione «Porfido» de Torino. La entrevista fue hecha por Emilio Quadrelli, que por suerte no es ningún periodista. Quadrelli nacido en 1956 en Génova, pasó tiempo en cárcel por «asociación criminal» y «delitos contra la propiedad» y al salir se graduó en Letras y obtuvo el doctorado como investigador social. Es autor de varios textos sobre criminalidad e inmigración, por ejemplo del brillante libro «Andare ai resti», sobre la cultura delincuente en la Italia de los años setenta.

Sin embargo, al no tener a mano la versión original italiana, hemos traducido «Anna y las otras» del griego. Fue editado en otoño de 2009 en Atenas como folleto por la editorial anarquista «Tzedai», de la cual reproducimos también la dedicación y el prólogo de dicha edición.

Safari

Mientras el mundo desarrollado crea para sí mismo la imagen del debilitamiento de la opresión patriarcal, al mismo tiempo, intensifica las formas más extremas de esa misma opresión en lugares y tiempos que están fuera de la proyección civilizada. En el mismo momento en el que está estableciendo una imagen de igualdad entre los civilizados, está construyendo a montones los ataúdes de la explotación sexual masiva y está juntando en los barrios metropolitanos a mujeres en condiciones de miseria, que vienen de los estados arruinados por el capitalismo humanitario, para que encarnen el papel de prostitutas des-dignificadas por completo. Se crea un enorme mercado basado en la «libre elección» del hombre primermundista para que pueda adornar su colección sexual con esclavas del tercer mundo, y al mismo tiempo ser capaz de reconocer la supuesta dimensión de la emancipación de la mujer primermundista.

Todo esto no es solamente un ejemplo más -aunque no sería malo- de la jerarquía que ejerce el «mundo desarrollado» sobre el resto del mundo. El consumo de sexo pagado contiene principalmente la autoconsciencia de la superioridad masculina sobre el estereotipo del «incomprensible», «engañoso» e «indomable adversario» femenino. También constituye un fiel reflejo y una de las formas más violentas de lo que son las relaciones sociales patriarcales. Dentro de estas relaciones, el cuerpo de mujer es un nudo en el cual se cristaliza en su totalidad la red de la jerarquía masculina y el sexo se percibe como una praxis de la imposición/conquista que se acopla y toma forma de placer.

Además, el hecho de que las mujeres que se encuentran -de una forma u otra- dentro del marco de la prostitución forzada sean inmigrantes, coloca esa imposición también a otro nivel. Si por lo general dentro de la relación entre el cliente y la prostituida, él piensa que lo que vale el cuerpo de ella, y lo que le implica es el dinero, en el caso de una «extranjera» la superioridad y jerarquía masculina están fortalecidas por una arrogancia racista primermundista. La posición de clase de una mujer/inmigrante/prostituta se percibe dentro de una jerarquía definida en los términos de «tribal/civilizado», despojándola de la base política e histórica que la condujo a esa posición y de sus características como persona. Para un hombre primermundista, el gozo de una eyaculación pagada sobre una «prostituta inmigrante» evidencia una satisfacción adicional, como una praxis de imposición que corresponde a un sujeto que es una forma de vida inferior y desde luego como la consecuencia natural del objetivo por el cual tal ser inferior existe: para servir y para ser humillada.

La industria de carne femenina se sitúa en una de las posiciones más altas del lucro en la escala de la economía (y para-economía) global capitalista.

Los proxenetas, con la colaboración de los estados «desarrollados», importan sin parar «el material fresco» y por supuesto todos y todas nosotras vivimos despreocupadamente (!) nuestras vidas, mientras que esto simplemente sucede por aquí, muy cerca, siendo aparentemente invisible. Y hasta puede que funcione un extremo y notorio pacto del silencio que contribuye al encubrimiento de las diarias y tan diversas formas de opresión contra las mujeres...

Estando en casa

Estoy en casa. Es realmente horroroso el momento en que te sorprendes a ti misma definiendo tu cárcel como casa. Sin embargo lo es. La casa. Mi espacio. El único espacio en donde puedo, en donde tengo la posibilidad de imaginarme a mí misma fuera del trabajo. La casa. Al fin y al cabo ninguna palabra existe por sí misma ni tiene la capacidad de crear imágenes. La palabra casa tiene algo épico. Aparte de eso no tengo ninguna manera de describir esta cárcel. La palabra cárcel no es muy épica.

Soy prostituta. Esto iban diciendo por mi pueblo. Aquí, en Grecia, soy víctima de la prostitución forzada, como le llaman. Eso último no es tan incriminado como lo primero. No obstante, puedo ver cierta cautela en los ojos de los que luchan contra eso. Parece que piensan: «pero... ¿cómo lo aguantas? Yo me suicidaría, lo mataría a él, me hubiera muerto del asco...». Parece que están buscando en cómo soy yo las razones que puedan explicar cómo lo aguanto, cómo no me muero de asco de mi misma, cómo es que no los mato, que no me suicido. Esto también es incriminador.

Hace pocos días llegó a mis oídos una noticia sobre el suicidio de dos chicas que se encontraban en una situación semejante a mía. Supongo que hubo alguna reacción fuera. Como que no lo sabían... La hipocresía. No estoy aquí dentro simplemente para estar aquí. Mi cárcel no es la realización del vicio de algún anormal. No puede ser que no entiendan que me violan cuando me están violando. No puede ser que solo yo me dé cuenta de eso. No puede ser que compren mi violación sin ser violadores. No puede ser que las esposas y las hijas de mis violadores no sepan que él, al que llaman -que egocéntricas- simplemente «cabrón» porque frecuenta burdeles, no es simplemente un cabrón. Es mi torturador. No es necesario que abran las puertas de mi propia cárcel para que vean que lo es. No entiendo por qué se necesita que las chicas en situaciones parecidas a la mía tengan que morir para por fin estar absueltas a los ojos de la sociedad que está manteniendo mis torturas. No quiero pagar con mi propia vida la prueba de mi inocencia, porque no necesito la confirmación de un drama en el que yo soy la realidad. No quiero, porque al fin y al cabo los culpables sois vosotros.

Digo y vuelvo a decir que todo va bien. Estoy comiendo, duermo, estoy

charlando, me follan y me llevan de vuelta a casa. Por el camino me robo alguna imagen del sueño.

Es tan esquizofrénico lo que me pasa. Digo y vuelvo a decir que no aguanto. Sin embargo, al mismo tiempo, tengo una rutina cotidiana. Eso no es lo que alguien llamaría una pesadilla. No, es mi rutina cotidiana en una cárcel. No es una pesadilla como una de esas que podéis imaginaros. Ya no. Es una rutina cotidiana. ¿Una cotidianeidad de pesadilla? Ya no de pesadilla. Simplemente se trata de algo que ya conoces. Tengo que encontrar maneras de pasar el tiempo de soledad, de aguantar mis propios pensamientos. Cada día conseguir hacer cosas. Pasar cada día. Y abro la nevera normalmente, cuando tengo hambre. Y en realidad la abro más para la bebida. Yo, que al mediodía pienso que quizás me beberé algo. Yo, no existo. No quiero ninguna bebida, no quiero nada porque simplemente no existo cuando...

Cuando salga, mataré a mi padre y a mi madre. A tu padre y a tu madre. Les mataré a todos. Todos. Siento que todos sois parte de mis violadores. No es que sienta eso. No. Lo sé. Todos vosotros. ¿Qué? ¿Injusto? Pues bien.

Es lo más justo que puedo ver. Y para eso vivo. Para eso y también porque ayer he pillado un poco de color cuando me miró el sol. Hasta me olvidé del color de ese día después de una lluvia veraniega. Y si sé que me estoy volviendo loca, loca no soy. Quiero mataros a todos, aunque sea yo misma la que aún puede encontrar las diferencias entre mis verdaderos torturadores. Ese fue una bestia, el otro un poco menos bestia. Esas diferencias de bestialidad que me vienen a la mente son tan vitales para mi supervivencia, como condenador es para mí su tolerancia. La tolerancia que no se puede aguantar.

No. Pero que no. No. La negación ya no me pertenece. Pero tampoco me pertenece la afirmación. No estoy. ¿Soy una cosa? Me pertenece solamente el deterioro. El desgaste. El tiempo es algo que fluye. También para mí. No me pertenece la negación. No me pertenece la afirmación. Y de sus matices existen dentro de mí solo sus recuerdos descoloridos. El desgaste.

Me he despertado. No he dormido en toda la noche. He despertado al mediodía. ¿Qué hago ahora? Joder, ¿qué hago? Ayer trajeron una otra chica aquí conmigo. Fue como si no lo hubiese vivido nunca, eso que le hicieron ayer. Fue la misma decisiva experiencia, igual que cuando lo viví por primera vez. Ahora sé que todavía existen para mi las negaciones y afirmaciones. Porque me niego a que pase eso. La ví a ella y no quería que le pasara nada de lo que viene después. Y gané de nuevo mi negación, apenas la vi, tan estropeada por lo que le estaban haciendo. Dije que no. No dejaré que pase eso. Y me he resistido a algo, después de mucho, mucho tiempo.

Me he despertado. Es más bien por la tarde y pienso en abordar alguna afirmación.

Anna y las Otras

Nota a la edición griega

"...nunca hemos salido de la época de los traficantes de esclavos"
Raul Vaneigem

En las siguientes páginas no se describe nada extraordinario. Se trata de la regla y no de una excepción. La regla, el canon del moderno matadero capitalista que se representa siempre del mismo modo: la fábrica, el prostíbulo, la cárcel, el campamento militar...

Poca importancia tiene los lugares y las fechas. Anna podría tener cualquier otro nombre. Sin embargo, no podría venir de otra clase que no sea la proletaria y no podría proceder de otro lugar que la región que, ya desde hace unos 20 años, es un moderno «El Dorado» balcánico para las operaciones empresariales, tanto las «pacificas» como las militares. El infierno de (cada) Anna se encuentra por todos lados, también aquí al lado: en algún piso-cárcel del centro de Atenas o en algún bar de mierda de alguna arrogante provincia de Grecia. Los sitios donde a diario se atormenta y se viola la dignidad humana están también aquí mismo. Los empresarios tienen (o podrían tener) también apellidos griegos. Los soldados llevan (o podrían llevar) también el uniforme griego. Los funcionarios y los empleados de oficina trabajan (o podrían trabajar) también a sueldo de alguna de las organizaciones «humanitarias» griegas. Los apellidos de los clientes son (o podrían ser) griegos. Lo que tienen en común todos ellos es siempre lo mismo: la insaciable sed de poder y de imposición, de beneficio y de acumulación. Así se abre el camino para la cosificación de las personas, para su trasformación en los objetos: la persona como numero, la persona contada por cabeza, la persona contada como unidad productiva, la persona como aparato de placer. La persona que tiene que, de buena manera o a la bestia, eliminar su propia humanidad.

Nada de eso que resulta chocante para la imaginación de la sociedad -que toma la típica forma de la sensible «opinión pública»- se encuentra fuera de las reglas del juego del concepto de ganancia capitalista. Lo que produce beneficio está permitido, lo que está permitido produce (y tiene que producir) beneficio. El capital ilegal sigue siendo el capital. Dentro de ese infierno, el llamamiento por los «derechos humanos» y por el «castigo legal ejemplar de los abusos» se usan no solamente para calmar los posibles remordimientos, sino también para cicatrizar, ¡es verdad!, las heridas humanas. No obstante, inevitablemente aparece de nueva la cuestión de la regla, la pregunta que vuelve siempre: ¿acaso hay una Poder que castigue a sus propios mandantes? ¿Acaso hay una «justicia para todos»? ¿Con cuantos meses y años de cárcel o de condena sobornada se igualará el dolor y el asco infligido por cada uno de los autores, éticos o físicos, y ejecutores, por cada proxeneta y por cada cliente? ¿Cuanto dinero de recompensa, que tipo de indemnización puede borrar las pesadillas de (cada) Anna? ¿Que posible absolución puede violar de nuevo su dignidad? ¿Cual sentencia judicial puede acabar con está cadena caníbal de la producción y del horror?

La lógica del Estado, de la moral burguesa y del «racionalismo» capitalista se afanan desde siglos en convencer a las sociedades humanas de que la aplicación de la justicia se debe a unas instituciones especializadas, a un conjunto de leyes, a la ciencia del derecho, que están ejercidas y interpretadas exclusivamente por los funcionarios encargados del Estado. Sin embargo, no se necesita poseer un gran ingenio para comprender que la justicia imparcial existe en el mismo nivel en que también existen paraísos en el cielo, que la ley y el derecho son la Ley y el Derecho de los amos. La razón de los de abajo en esté mundo habla un idioma diferente: el dolor solo se puede pagar con dolor, la venganza probablemente pueda reestablecer los trocitos de una existencia maltratada. Quizás no nos atrevemos a admitirlo, pero a veces actuar por derecho propio cura. Si no te vengas de tu opresores, será difícil para ti volver de sentirte como una persona. Anna parece que lo sabe bastante bien. Si tiene algo para transmitirnos, quizás sea acertado lo que dice: «*...sabes, los humanos son como los animales. Un animal que fue aterrorizado sólo tiene dos opciones: doblegarse como un conejillo de indias o convertirse en una fiera. La segunda opción es la mejor...*»

Ediciones Tzedai

Anna y las Otras, carne al matadero por Emilio Quadrelli

La mayoría de los análisis sobre las guerras modernas se mueven exclusivamente en el marco del discurso geopolítico. De esta manera se pone entre paréntesis su significado tangible para las mujeres y los hombres, que, nos guste o no, son sus principales protagonistas. Así, por suerte para los políticos, para los medios de comunicación y para gran parte de los intelectuales, las guerras se trasforman en algún tipo de vídeo-juegos. Un vídeo-juego capaz de convertir en interesantes y emocionantes las tardes sofocantes y aburridas que están obligados de pasar los hombres y las mujeres del Palacio a causa de la responsabilidad que asumieron en el nombre de los ciudadanos, si es que no lo han hecho en el nombre de la humanidad entera. Sentados cómodamente en sus salones privados o en sus oficinas cómodas están desplazando a tropas, carros de combate, aviones y buques de guerra, siempre junto con la inevitable guarnición de las «misiones humanitarias». Sin ningún rencor especial debaten sobre hasta donde y en que medida son legales las torturas, y cuales y cuantos «daños colaterales» pueden pasar como aceptables.

La «historia real» que vamos a escuchar en estas páginas refleja la cara con la cual la guerra se presenta a la gente de la calle. Esta es una guerra verdadera y allí no hay sitio para las disputas civilizadas que llenan los despachos. Allí la gente vive, muere, es violada y esclavizada de una manera palpable. Algunas veces la libertad y la dignidad sólo cobran presencia cuando se viven en primera persona y, vamos a subrayar esto, con las armas en las manos. Una realidad más trágica que dramática, donde en el horizonte no hay señales de ninguna utopía ni redención. El sitio donde tienen lugar los siguientes hechos es la Albania de hoy.

El *Ángel de la Historia* no parece tener nada que ofrecerle a Anna -la protagonista- y a su gente. Sus miradas no se dirigen hacia el futuro, sino que observan con cuidado lo que sucede a su alrededor. Las posibilidades de caer en alguna emboscada, de ser víctimas de algún «ajuste de cuentas» o de convertirse en el objetivo de alguna operación de la «policía internacional» son simplemente las posibilidades que están siempre al orden del día.

La condición en la que Anna vive hoy no está tan alejada de aquella programada, aunque si que dista mucho de la encarnación de los relatos literarios que precedieron a su experiencia. Un final que nadie hubiese podido imaginar apenas 10 años antes, cuando miraba impresionada -al igual

que la mayoría de sus coetáneos- nuestros canales de televisión y deseaba lanzarse tan rápido como fuera posible al sueño italiano. Hoy Anna es una mujer dura y decidida, inexorable y resuelta. Las experiencias que le forzaron a vivir, al principio los paramilitares italianos y europeos, y luego los soldados de la OTAN y los funcionarios humanitarios, abrieron las heridas que, incluso si llegaran a cicatrizarse, nunca serán olvidadas, nunca desaparecerán.

Nuestro encuentro tuvo lugar en una ciudad del norte de Italia, gracias a la mediación de un «inmigrante ilegal» recién fugado de un Centro de Residencia Temporal[1]. Anna no está en busca y captura en Italia, pero sigue siendo una «inmigrante ilegal». Por eso aceptó hablar, aunque con la condición de quedarse por entero en la sombra, sin que se vea siquiera su físico. Algo que no es difícil de aceptar. Además, en el fondo habla sobre una no-persona.

Esto es lo que nos contó.

-Has pasado casi 6 años de tu vida en aislamiento. ¿Cómo comenzó tu historia?

Fui secuestrada un 11 de Noviembre. Tenía 13 años. Vivía en un pueblo pequeño que, como muchos otros pueblos, sufrió el ataque de los hombres armados, que venían y se llevaban a la gente para meterles en uno de los tantos pequeños talleres que fueron abiertos por los extranjeros. Gran parte de los cuales eran propiedad de italianos.

-Una manera poco usual de asegurarse mano de obra. ¿Por que los empresarios eligieron esa manera?

Porque la gente empezó a largarse de los talleres. Al principio, y esto es lo que me han dicho las que eran mayores que yo, todos iban a trabajar voluntariamente cuando alistaban a la gente para hacer un trabajo que parecía normal. Muchas iban a los talleres con entusiasmo. Esto fue en la época en la que creíamos que el mundo era tal y como lo mostraban en la tele. En Albania se pueden pillar todos los canales italianos y nos imaginábamos que el mundo real era lo que veíamos en la televisión. La ropa, los coches, los clubs, la diversión, los hombres guapísimos, todas estas cosas. Esto era para nosotros Italia. Con bastante ingenuidad pensábamos en que ir a trabajar para los italianos era un poco como entrar en ese mundo. Además, muchas veían en este trabajo una manera de emanciparse y cortar con la familia. Para nosotras el peso de la familia y de los mayores siempre ha sido enorme. Entonces, cuando veias en la tele todas esas chicas libres, guapas y ricas, chicas que viven como quieren, era un ejemplo muy fuerte, un modelo que todas querían imitar. Este es un aspecto, aunque también hay otro.

1. Equivalente italiano del CIE español.

En Albania existe un orgullo nacional muy fuerte y, especialmente entre la gente mayor, cierto apego al periodo comunista. Es difícil para mí decirte si este apego se debe a una cuestión ideológica o al vínculo que muchos aún conservan con Enver Hodxa[2] por haber dado, junto con sus guerrilleros, la independencia a Albania. Dentro de las casas, de casi todas las casas, la llegada de los italianos con sus fábricas provocó rupturas entre los jóvenes (especialmente los muy jóvenes como yo) y los mayores. Cuanto mas mayores eran, más fuerte era el conflicto. Para los viejos los italianos no son estos que se ven en la tele, sino los que ocuparon Albania en 1939. Para ellos los italianos son fascistas y la hostilidad hacia ellos sigue siendo la misma. Y este es el caso también cuando se trataba de los que no estan alineados detrás de Enver y su gente. En casa teníamos un tío mío que, a pesar de ser miembro del partido, estaba en la cárcel por criticar la política actual y lo condenaron por revisionismo. Él también pensaba lo mismo sobre los italianos. Para las generaciones anteriores el recuerdo y el fantasma de la ocupación todavía están muy vivos. Simplemente se dice que «una vez vinieron con las armas y se lo llevaron todo. Ahora llegan con sus fábricas y también se lo llevan todo, y luego nos enviarán por aquí a su ejército.»

Para nosotros, para los jóvenes, sólo eran fantasías y temores injustificables de la gente que no quería un cambio y, al igual que antes, no sabían como tomar esta gran oportunidad que se nos abrió. Para muchos de nosotros, lo de ir a trabajar para vosotros fue algo como vencer a los viejos. Venimos de una sociedad basada en la figura de la persona mayor, donde la gente joven importa poco. En vuestro país parece que sucede algo al revés. Todo el tiempo una escucha que el mundo tiene que pertenecer a los jóvenes. La mayoría se deja seducir por esto. Pues, resumiendo, en un principio muchos se iban voluntariamente y animados a los talleres que todo el tiempo abrían los italianos y lo veían como una manera de liberarse del poder de la familia. Todo esto duró poco, ya que luego comenzó el alistamiento a través de secuestros y los desplazamientos.

–*¿Qué fue lo que acabó con este clima idílico, creado en un comienzo por los empresarios italianos y las fuerzas laborales albanesas?*

Las condiciones en las que las trabajadoras y los trabajadores fueron obligados a trabajar. Una situación que para las mujeres, por lo que he escuchado, fue aún más dura, ya que a menudo eran víctimas de abusos sexuales por parte de los supervisores. En cada caso, con o sin estos abusos, las condiciones de trabajo eran de esas que hacen la vida en sí insoportable. Turnos interminables, ritmos de pesadilla y a todo esto hay que añadirle el estre-

2. Jefe del Partido del Trabajo albanés, y primer ministro de este país entre 1946 y 1985. Anteriormente había participado en las Brigadas Internacionales en la España de 1936 y en la resistencia a la ocupación de Albania por parte de la Italia fascista y la Alemania nazi.

mecedor número de accidentes laborales. El número de muertos puede que no sea tan grande, pero los accidentes, con lesiones permanentes o mutilaciones, estaban a la orden del día. Esto significa que tienes que volver a casa y además ser una carga para tu familia, porque te has quedado sin mano, o porque con dos o tres dedos tampoco eres muy autosuficiente. De todos modos, luego de un tiempo, muchas mujeres eran despedidas, ya que estaban tan agotadas que no podían aguantar el ritmo exhaustivo y apenas se podían poner de pie. A causa de la carencia nutritiva muchas empezaban a mostrar falta de hierro, y esto a su vez a provocar problemas aún más graves. Además, muchas empezaban a tener problemas respiratorios y quedaron enfermizas para siempre, y volvían a casa donde tampoco tenían los medios para solventar las terapias.

Toda una generación, especialmente de mujeres, quedó lisiada por el trabajo en las fábricas. Te quedas lisiada a pesar de tener sólo 20 años. Así, muchos y muchas comienzan a fugarse de los talleres. En un principio no fue tan difícil, porque los dormitorios no estaban vallados y no había guardias armados. Probablemente a nadie se le ocurrió la idea que las mujeres se iban a rebelar, al igual que, por suerte, tampoco tuvieron en cuenta muchas otras cuestiones. De hecho, cuando comenzaron las fugas de los talleres comenzaron también los asaltos de los mismos, de los almacenes y de las casas de los empresarios, por parte de las bandas que se organizaron por motivos políticos o simplemente por dinero. Para muchos de los empresarios la atmósfera se torno pesada y empezaron a moverse armados y a vivir como asediados. Por un breve periodo de tiempo, aparte de las cercanías de sus fábricas, que fue lo único que aún tenían bajo su control, les era difícil moverse libremente. Por eso llevaban fusiles y pistolas cada vez que se desplazaban.

Las armas más difundidas eran el fusil Winchester 30/30 y la Beretta 9, pero también circulan bastantes metralletas M-12 y metralletas americanas. Muchas bandas controlaban por completo, o conseguian aparecer inesperadamente, en casi todas las arterias viales básicas. Así, el trasporte de los productos finales era a menudo problemático, puesto que las bandas asaltaban las mercancías. Por consiguiente los empresarios estaban obligados a trasportar sus mercancías siempre acompañados de guardias armados, que podían resistir y contrarrestar los ataques. En algunos casos ni siquiera las zonas de alrededor de las fábricas eran seguras. Hubieron casos en que algunas bandas neutralizaban a los guardias paramilitares armados y llegaban hasta las casas de los empresarios. Hubo situaciones en las que los empresarios se atrincheraban en sus villas con los suyos y se veían forzados a involucrarse en los enfrentamientos a tiros hasta la llegada de la policía.

Este clima también favoreció algunas iniciativas dentro de los talleres, donde comenzaron a realizarse más y más actos de sabotaje y se reclamaban mejores condiciones de trabajo, la reducción de horario, una mejor calidad

y una mayor cantidad de comida. En este momento comenzó también a aumentar el número de mercenarios que protegían a los empresarios, y su papel se hizo mucho más importante. Asumieron varias tareas: protegían la propiedad contra los asaltos, impedían las fugas del personal, mantenían el orden y la disciplina en el trabajo, y a menudo también aseguraban el flujo de trabajadores y trabajadoras nuevas. Esto por dos razones. Por un lado para cubrir los puestos vacantes dejados por los fugados y, por otro, para incrementar el número de las trabajadoras ya que hubo una verdadera explosión en la demanda, y así se aseguraban el aumento de la producción.

-¿Quién formó parte de esos ejércitos privados?
Venían de casi todas partes. Alemanes, belgas, italianos, ingleses, americanos y hasta sudafricanos. Por lo menos estos son los que yo he visto. Los que me secuestraron a mi eran italianos y belgas.

-¿Los paramilitares podían moverse libremente en el territorio albanés?
Sí. De hecho, después de la caída del viejo régimen dejó de existir un verdadero Estado. Hubo diferentes grupos que controlaban (por su propio interés y beneficio) las diferentes regiones y el gobierno central era, en el fondo, inexistente. Las fuerzas paramilitares tenían autorización para moverse por donde quisieran, ya que esto fortalecía al gobierno central y a varios poderes locales. Oficialmente existía un estado albanés, pero en realidad quienes realmente gobernaban eran los que establecieron en Albania sus fábricas y sus ejércitos privados.

-En algún momento, junto con otras trabajadoras más jóvenes, os sacan de la fábrica y os destinan a un burdel. ¿Cuándo sucedió esto y por qué?
En 1998, cuando los soldados italianos llegaron a Albania. Muchos empresarios empezaron a mirar con buen ojo el negocio del sexo: cuando llegan los soldados hay demanda de mujeres. Entonces empezaron a elegir a las más jóvenes entre el personal de las fábricas. Enseguida se cambiaron las condiciones de vida para nosotras. Por el periodo de un mes no estuvimos trabajando, nos dieron más comida y de mejor calidad e intentaron hacer algo para que nuestras caras y manos rejuvenecieran. Especialmente nuestras manos, ya que habían sido retorcidas y destruidas por el trabajo. Nos trajeron cremas y otros productos de belleza. No nos dijeron nada, pero una no necesita tener mucho cerebro para entender que un cambio así no presagia nada bueno. Si hasta el día anterior nos trataban como animales y nos daban sólo lo absolutamente necesario para la supervivencia, no puede ser que de repente se convirtieran en unos ángeles. Rápidamente entendimos que nos iban a llevar a algún lugar para que hiciéramos de putas. Probablemente por ser tan jóvenes -las que fuimos elegidas teníamos todas entre 13 y 18 años- nos pudimos recuperar rápidamente. Las marcas del

cansancio y del embrutecimiento desaparecieron pronto y llegó el momento en el que nos trasladaron. Éramos 37 chicas, nos metieron en un autobús con las ventanas oscuras. Junto con nosotras subieron también 6 hombres armados: 4 italianos y 2 belgas. Delante y detrás del autobús iban jeeps con otros hombres armados como protección. Seguramente no tenían miedo de nosotras, sino que -como supe luego- las chicas jóvenes y los niños nos habíamos convertido en una mercancía valiosa y existía el peligro de asalto por parte de quienes querrían apropiarse la carga. Después me enteré de que hubo bastantes incidentes de estos.

–¿De qué manera os persuadieron para llegar a ser prostitutas?
Por el terror. Nos llevaron a ese sitio que a partir de ese momento paso a ser también nuestro domicilio, un lugar del cual no había posibilidad de que escapáramos. Eligieron a algunas al azar y delante de nuestros ojos fueron violadas por más o menos 15 paramilitares. Inmediatamente después nos follaron a todas. Nos amontonaron en un pasillo, nos trajeron a los perros y les hicieron girar alrededor de nosotras. No les dejaron mordernos, tenían cuidado de que sus dientes no nos alcanzaran, sin embargo nos dejaron muy claro que si no hacíamos bien nuestro trabajo nos echarían a los perros encima sin pensarselo ni un momento. Nos dijeron muy claramente que no debíamos estar descontentas, que teníamos que estar disponibles y entusiasmadas con cada una de sus exigencias. Lo que nos dijeron un poco más tarde lo deja todo muy claro: «*No estáis aquí para hacer de putas, estáis aquí porque sois putas y así tenéis que comportaros. Cómo lo vais a conseguir es ya vuestro problema, tenéis que encontrar la manera, porque los perros tienen hambre y la carne cruda les gusta bastante*».

Para todas nosotras empezó el periodo de embrutecimiento absoluto. Alguna no lo aguantó y se suicidó. Otras murieron en las orgías. No había límites. Podían hacernos lo que quisieran y como quisieran. Las chicas que no aguantaban tanto trabajo o que ya no eran tan jóvenes (o sea, las que tenían más de 20 o 25 años), eran trasladadas a burdeles especiales. Estos eran los lugares frecuentados únicamente por los sádicos, donde las chicas estaban sujetas a todo tipo de torturas y martirios. Una vez que se realizaban las inspecciones en los burdeles, las que estaban más agotadas eran enviadas al sitio que llamaban «el punto de partida». Las que salieron de allí, aunque quisieran, no lo olvidarían jamás. Los traumas, las heridas y las quemaduras que sufrieron durante las orgías, las tendrán para toda la vida.

–Tu historia sobre los burdeles para soldados sigue a pesar que se haya acabado la «misión italiana». ¿Que ocurre?
La misión acabó, pero sin embargo la presencia militar, aunque poco reducida, siguió existiendo. El trabajo en los burdeles iban tan bien que a empezaron de frecuentarlos también los civiles. Eran turistas, en mayor

parte europeos, pero también los americanos y muchos árabes que venían con viajes organizados. La posibilidad de tener sexo extremo sin problemas atraía atención internacional. Antes, para tener esta oportunidad, tenían que viajar a Asia o a América Latina, mientras que ahora los europeos podían simplemente pasar un fin de semana teniendo sexo sin regla alguna, sin tener muchos problemas. Entonces, pasamos de un período de una clientela mayoritariamente formada por soldados a otro de una clientela principalmente civil.

Albania es para todos un sitio de conquista y cada uno viene a hacernos lo que le da la gana, y especialmente a hacer lo que en su propio país sería un crimen. Con la llegada de los clientes civiles creció también la demanda de chicas y chicos muy jóvenes. A nosotras, aunque teníamos todas menos de 18 años, se nos consideraba mayores, porque los civiles querían principalmente chiquillas y chiquillos de entre 10 y 13 años. Por eso a nosotras, que éramos más grandes, nos siguieron ofreciendo a los soldados, que nos preferían grandes.

Luego estalló la guerra de Kosovo y los burdeles para soldados se incrementaron de nuevo. De hecho, nos trasladaron a una zona cercana a una base de la OTAN.

–¿Cuando terminó la guerra, para vosotras cambió algo?

No, porque al final de la guerra, a los soldados se añadió una enorme cantidad de funcionarios y empleados de oficina, lo que significa que la demanda de servicios sexuales no se redujo, sino que aumentó aún más. El negocio se extendió, tanto por el aumento de la demanda como también porque comenzaron a llevarse a las chicas y a los chicos y enviarlos a diferentes lugares del mundo. Esto ocurrió principalmente con las pequeñas y los pequeños. Las chiquillas y chiquillos de alrededor de 12 años. En los pueblos y en los barrios pobres de las ciudades empezaron los secuestros masivos. La información que tengo, de lo que me contaron mis carceleros, es que a la mayoría de los niños los envían a los países árabes, especialmente a Arabia Saudí, Kuwait y Emiratos Árabes, pero también a Tailandia y Filipinas. A mí y a las otras, nos decían siempre que teníamos suerte por ser ya muy mayores para este negocio. Cerca de uno de los burdeles había un almacén, donde se seleccionaban a estos niños. Los tenían allí unas dos semanas y luego los enviaban a diferentes destinaciones. En este intervalo los violan y los torturan todo el tiempo. Esto es por un lado para aplastar cada posible forma de resistencia, y por otro porque también entre los mercenarios hay bastante sádicos, que se excitan y disfrutan solamente en esta forma. Muchas de nosotras, antes de que nos pusieran a trabajar, fuimos sujetas a semejantes martirios.

–¿Quieres hablar sobre eso?
No. No quiero pensar en esas cosas. A pesar de que ya han pasado varios años, mis noches están llenas de pesadillas y fobias. Ya no puedo ni siquiera pensar en estar con un hombre. Desde este punto de vista, mi vida se cerró definitivamente. Me asquea y a la vez me da miedo la simple idea de que un hombre se me podría acercar. Incluso si, según la lógica, sé que no es justo y que no tiene sentido, cuando estoy a punto de disparar a un hombre y veo a los hombres desplomándose, no puedo hacer otra cosa que sentirme contenta. Lo sé que no todos los hombres son tan culpables y tan cerdos como los hombres que encontré en mi camino, pero no puedo hacer nada: cuando los mato me siento bella. Sabes, los humanos somos como animales. Un animal que fue aterrorizado tiene sólo dos opciones: doblegarse como un conejillo de indias o convertirse en una fiera. La segunda opción es la mejor.

Después de mi liberación pasé el periodo de aprendizaje con el grupo y participé, participo hasta hoy, en las historias que organizamos. Cuando tenemos que neutralizar a algún soldado o paramilitar usando el cuchillo o la bayoneta, hago todo lo posible para estar en está célula operativa. Lo de meter el cuchillo en el cuerpo de uno de estos cerdos, es una de esas pocas cosas que aún me hacen sentir contenta. Es mejor que vaciar sobre ellos todo tu cargador. Me da la alegría más grande sentir que un bastardo tal pierde su vida por mis propios manos. Veo en sus ojos el miedo y el terror. En ese momento recuerdo los momentos en que -los cerdos como él- me usaron como una muñeca, y en como mientras más me aterrorizaba entonces, tanto más se enfurecían y se sentían contentos. Entonces, incluso si no quiero, por razones que tienen que ver con mi seguridad personal, mencionar muchos detalles, prefiero hablar sobre el periodo posterior a mi liberación, pero no me preguntes por los detalles sobre la época de mi esclavitud. Estas pesadillas las he encerrado en un rincón y estoy obligada a convivir con ellas cuando salen de repente a la superficie por las noches. Además no estoy buscando ni la compasión ni la comprensión. He vivido y he visto lo que son capaces de hacer todos estos que vienen a ayudarnos a estar bien, y todas estas mierdas que dicen para sentirse bien con ellos mismos. Roban, violan, oprimen igual que los soldados, los policías y los paramilitares. Mi experiencia es que todos estos tipos «bondadosos» se vuelven humanos e indulgentes solo cuando tienen en su frente el cañón de mi metralleta y cuando mi cuchillo está a punto de entrar en su garganta. Así que, basta ya con estas mierdas.

–¿Cómo fue tu liberación?
Gracias a mi hermano y su grupo. Cuando me secuestraron, él no estaba en casa y por eso se salvó. No nos vimos durante 5 años, hasta el día en que él consiguió liberarme. Para no acabar allí donde yo acabé, el vivió junto a

otros niños, vagando por los campos. Allí encontró y luego se unió a uno de los muchísimos grupos armados que se formaron en Albania para protegerse de los extranjeros, del Gobierno y de la policía. Aprendió a usar armas -ya que en muchos de estos grupos hay también ex soldados- y a luchar. Con este grupo bajaban a las ciudades y asaltaban los arsenales, a veces secuestraban a algún rico. La moneda albanesa no vale casi nada y no tiene sentido hacer atracos, porque sería como robar aire. Luego se dedicó a traficar con armas y gracias a este negocio me pudo localizar. Nuestros guardias fueron italianos y belgas, que trabajaban como vigilantes de burdeles, y su trabajo paralelo era el tráfico de armas. Hasta cierto momento -esto me lo dijo mi hermano- estos vigilantes tenían contacto directo con las fuerzas de la OTAN, que directamente les proporcionaban armas. Pero en algún momento ese contacto lo cogieron los propios soldados y echaron a los otros fuera del negocio. Estos últimos, por lo tanto, necesitaban encontrar algún otro contacto. Se dirigieron a la UÇK[3], con la cual mi hermano y su grupo ya habían cooperado para ciertos trabajos. De esta manera él entró en contacto con mis carceleros. Negociaron sobre una mercancía, metralletas, pistolas, cohetes antitanque y explosivos. Después de una larga negociación hecha a través de intermediarios, cerraron un acuerdo y se encontraron. En estos casos, cuando se abre un nuevo canal, a menudo el primero contacto es de prueba. El comprador quiere la garantía sobre la calidad de la mercancía y el vendedor quiere estar seguro sobre la solvencia del primero. Además de esto, ambas partes quieren estar seguras de que la otra no hará nada astuto, que no jugará sucio. Así, la primera transacción es más que un nada un modo de exhibir la muestra de la mercancía y para que cada uno vea que medidas tiene que tomar para tratar con el otro. El número de los que participan es bastante limitado. Si mi hermano hubiera decidido actuar en ese momento, podría haber tomado como rehenes solamente a una pequeña parte del grupo que me tenía cautiva y luego tendría que lanzar un combate para venir a liberarme, un combate con poca probabilidad de éxito.

En el primer encuentro todo fue bien. Siguió un segundo encuentro, porque mis carceleros querían comprobar algunas cosas que tenían que ver con los explosivos y querían tener información más exacta sobre la fecha de fabricación de los cohetes antitanque. Durante el primer encuentro mi hermano, para tranquilizar el ambiente y para hacer la oferta más interesante, les habló de la posibilidad de comprar un cierto número de metralletas ligeras, de las cuales hay una enorme demanda y se las puede vender con un gran beneficio. Son armas serbias y por eso mis carceleros querían comprobar su eficacia antes de entrar en negociaciones. Así que se acordó

---

2. **Ushtria Çlirimtare e Kosovës** (Ejercito de Liberación de Kosovo). Guerrilla de liberación nacional kosovo-albanesa, formada en 1981 y disuelta oficialmente en 1999.

un tercer encuentro, para la entrega del encargo completo y de algunas de las metralletas serbias para probar. Con la primera parte de una carga, si el comprador queda satisfecho, se arregla el siguiente encuentro. Y así llegaron a la entrega del cargamento. El lugar elegido para el encuentro fue un claro en los campos, donde hay muy buena visibilidad, para que todos estuviesen seguros de que no se trataba de una trampa. El lugar lo eligieron mis carceleros y mi hermano lo aceptó sin problemas.

Sin embargo, justo después de cerrar el acuerdo, mi hermano y su grupo pasaron los 3 días que faltaban para el encuentro excavando un túnel en el cual muchos de ellos se escondieron sin que nadie se diera cuenta. Dos días antes, algunos de mis carceleros estuvieron controlando la zona, lo mismo hicieron al día siguiente y también en la noche anterior al encuentro. Cuando llegó la hora del intercambio, iban bien armados, pero totalmente tranquilos. Todo parecía ir sobre ruedas. Mi hermano llegó con los camiones repletos de armas, y tranquila y amistosamente se dirigió a los compradores. Verificaron las armas, todo iba bien. Algunos subieron a los camiones para llevarlos a su destino, y entregaron a mi hermano y sus colaboradores una valija llena de dólares. Al parecer el intercambio terminó. Mi hermano y los suyos giraron como para irse, cuando de repente, sin que nadie se lo esperara, 20 hombres armados aparecieron detrás de las espaldas de los compradores, y los apuntaron con metralletas y con 3 de estás celebres metralletas ligeras. En un instante, mi hermano y los suyos apuntaron a los conductores de los camiones obligándoles a bajar, mientras que los otros no podrían hacer nada más que rendirse. Se llevaron a algunos de ellos y les interrogaron para saber cuantos hombres armados tenían rodeando los burdeles y bares de mierda. No les tomó tanto tiempo extraer la informacion que necesitaban.

Por suerte para todos, mis carceleros tenían grandes jeeps con las ventanas oscurecidas, para que nadie pudiera ver desde fuera cuánta gente había dentro. Después de desarmarlos e inmovilizarlos, metieron al jefe de éstos en el asiento trasero, y entonces empezó la fase más difícil de la operación, ya que al poco tiempo, de camino, entraron en la zona controlada por las fuerzas de la OTAN. Tal como te dije, por suerte los soldados de la OTAN conocían esos jeeps muy bien y los dejaron pasar sin problemas. Así llegaron fácilmente a la zona de entretenimiento de soldados, el lugar donde yo y las otras nos encontrábamos encarceladas. No hubo mucho control ni tampoco tanto tráfico. Era mediodía y la mayoría de nosotras todavía seguíamos durmiendo. Algunas estaban con unos soldados y oficiales de la OTAN, que habían pasado la noche en el burdel. Los jeeps llegaron a la pequeña plaza y el grupo bajo con calma. Antes de llegar, forzaron al jefe para que llamara y avisara que habían vuelto y que la transacción había ido bien. Algunos se dirigieron hacia dentro y un pequeño grupo inmovilizó con cuchillos a los guardias en la entrada. El resto entró dentro sin encontrar

obstáculo alguno. Rápidamente se hicieron con el control de la situación y entraron en las habitaciones, liberándonos.

Nuestro infierno se acabó. Unas cuantas chicas -entre ellas yo- nos vengamos de los carceleros y de algunos soldados de la OTAN que continuaban dormidos. Luego salimos. Subimos a los jeeps, pero no cabíamos todas. Así que nos vimos obligadas a llevar algunos vehículos de más aunque sin las ventanas oscurecidas. Había un puesto de control de la OTAN en nuestro camino y podría haber problemas. Los jeeps se fueron y volvieron tres veces desde la mañana y entonces en dos de ellos también íbamos nosotras. A algunos de los guardias todo ese movimiento les pareció raro, y aún más raro el hecho de que estuviéramos nosotras dentro de los vehículos.

Como no habían venido nuevas tropas no había razón para trasladarnos. Nos ordenaron parar. Sin embargo mi hermano y los suyos no estaban desprevenidos y actuaron de manera conveniente. Bajaron la velocidad y se dirigieron a esos dos puestos de control. Dos jeeps por un lado y dos por el otro. Sin embargo nosotros y el resto de los vehículos paramos, pero con los motores en marcha. En la parte trasera de nuestro vehículo había dos metralletas, que quedaban escondidas debajo de nuestros cuerpos. Entre nosotras se veía solo a uno de los hombres, porque el resto estaba tumbado en el suelo del vehículo. Las ventanas se bajaron y empezó el tiroteo. En ese momento los conductores arrancaron, pasamos los puestos de control y entonces empezaron los disparos de las metralletas. Los soldados de la OTAN recibieron disparos de ambos lados y se largaron. Mi hermano y los otros bajaron, continuando con los disparos con las metralletas, subieron y huimos. Después de más o menos media hora, bajamos todas y empezamos a caminar. Por razones de seguridad los vehículos siguieron su camino, y todas nosotras y algunos del grupo encontramos un sendero y nos dirigimos a un refugio seguro situado en el exterior de la zona controlada por la OTAN. ¡Al fin libres!

-A partir de ese momento, ¿cómo habéis vivido tú y las demás chicas?
Algunas intentaron de volver a sus casas y les perdí el rastro. Unas cuantas y yo nos hemos quedado junto al grupo de mi hermano, pero en lo que respecta a eso prefiero no decir nada. Lo único que sí puedo decir es que en todo ese infierno en el que se ha convertido la región, hemos decidido no jugar ni el papel de víctimas, ni de pobrecitas y somos capaces de haceros pagar bien caro por la catástrofe que nos habéis creado.

-¿Hay alguna consideración política detrás de vuestras acciones?
No. En el grupo puede haber alguien con cierta dosis de nostalgia del pasado o alguno que tenga alguna conciencia nacional. Sin embargo, esas cosas se las guardan para sí mismos. Seguramente lo que hacemos puede describirse como una pequeña guerrilla y quizás sea algo así. Pero en nuestras

mentes no hay ningún objetivo ni ideal político. En ocasiones hemos tenido relación con algún grupo u organización política, pero no tenemos la intención de fusionarnos con nadie para nada. No tenemos la intención de liberar a nadie, simplemente queremos ser libres e independientes. Queremos que se nos respete y se nos tema y, ¿por qué no?, hacernos ricas y ricos. Todo el resto son solo palabras. Una cosa podemos asegurar: si tenemos que enfrentarnos, nuestro fuego caerá sobre los soldados de la OTAN y sus colaboradores, no sobre la gente pobre.

En la historia de Anna, solamente alguien dotado de ingenuidad o estupidez puede ver algo excepcional. Si algo caracteriza esta historia como excepcional, evidentemente no es el destino predestinado para ella y las partes más débiles de su pueblo. Probablemente si su hermano no hubiese conseguido salvarse de los paramilitares que buscaban personas para enviarlas a que hagan trabajos forzados, si él no hubiera encontrado en su camino a ese pequeño grupo de desertores...nunca habríamos conocido su historia. Anna seguiría siendo simplemente una unidad «logística» de los diferentes ejércitos que protegen los «derechos humanos» y de los funcionarios humanitarios, que siempre corren detrás de las tropas. Cuando ya fuese inservible para dicha tarea, volvería -siempre bajo la condición de esclava- a alguna fábrica neoliberal, o -como sucede con muchas mujeres- sería sacrificada en una de los más extremas «performances», esas que excitan tanto a los soldados y empleados occidentales.

La historia de Anna, dentro de su inconcebible contexto social, puede contar algo muy característico sobre las guerras modernas. Las poblaciones a las cuales se ayuda y a las que se «liberan», no son para los occidentales nada más que animales, y para ser más concretos, cerdos. Pues, de ellos, como de los cerdos, no se tira nada. Su rápido y contínuo traslado de una útil y provechosa actividad a otra parece que no cesa nunca.

Al fin y al cabo lo que queda es la verdad sobre las guerras de hoy en día, de las cuales es difícil ignorar su forma neocolonial.

Por lo tanto, vale la pena recordar que todas estas operaciones empiezan siempre aquí, desde nuestra región, y que las misiones militares, humanitarias, económicas o mercantiles no son nada mas que, con diferentes grados, la representación de un único proyecto de la jerarquía global. Lo que nos queda preguntar es: ¿quién de las mujeres y de los hombres del Palacio puede realmente afirmar no ser responsable de todo esto?